

## DOCUMENTA

*El Día de la Psiquiatría Peruana, 20 de noviembre, que corresponde a la fecha de nacimiento de Hermilio Valdizán y que ha sido oficialmente reconocido por R. M. N° 0399-85-SA/DVM de 20/XII/1985, la Asociación Psiquiátrica Peruana realizó una Sesión especial. En ella fue encomendado al Profesor Alfonso Mendoza el Discurso de Orden que en esta ocasión fue un elogio de Javier Mariátegui. El Profesor Mendoza leyó un texto generoso, el Discurso de Orden de la Ceremonia de Incorporación como Profesor Emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Javier Mariátegui. El Cuerpo de Redacción de la Revista ha considerado importante su reproducción en estas páginas.*

Una innmerecida designación me confiere el altísimo honor de pronunciar el Discurso de Orden en esta solemne ceremonia, en la que se incorpora como Profesor Emérito del Claustro Sanmarquino al Dr. Javier Mariátegui Chiappe, una de las figuras emblemáticas de nuestra psiquiatría y uno de los pensadores que dan lustre a la intelectualidad peruana por sus aportes sobre la identidad nacional y la esencia del ser peruano, línea en la que, cumpliendo un imperativo familiar, sigue las huellas de su egregio progenitor, el Amauta José Carlos Mariátegui.

Mucho podría decirse de Javier Mariátegui, dada la vastedad y profundidad de su obra, por lo que resulta

imposible dar cuenta detallada de ella en esta ocasión. Por ello sólo me limitaré a reseñar aquello que, desde nuestro punto de vista, constituye lo más relevante, aun cuando precisa reconocer que toda su producción es intere-sante, digna de atención y de un estudio más detenido y comprensivo. Casi no hay área del saber humano que no haya merecido su mirada escrutadora, su escucha atenta, su reflexión lúcida. Como los humanistas del Renacimiento, cualquier faceta de la existencia humana despierta su interés, alerta su conciencia y lo induce a la exploración, al examen acucioso y organizado y a su comprensión inteligente. Sistemático, utiliza los

recursos de la ciencia en su investigación de la condición del enfermo, pero su mirada va más allá, intentando penetrar en lo esencial y universal del hombre. Por ello su obra, aunque centrada en el hombre peruano, en el doliente peruano y latinoamericano, es también una exploración de la condición del ser humano en el mundo, lo que lo aproxima al saber antropológico fundamental y lo emparenta con las figuras paradigmáticas de la psiquiatría peruana y con los más notables pensadores de la psiquiatría latinoamericana.

Último de los cuatro vástagos del Amauta y de Doña Anna Chiappe de Mariátegui, Javier Mariátegui realizó sus estudios universitarios en esta antigua Casa, de la cual egresa en 1955 con el primer puesto de su promoción. Un año después obtiene el grado de Bachiller en Medicina –y el título de Médico Cirujano– con la tesis titulada “Psicopatología de la intoxicación experimental con la dietilamida del ácido d-lisérgico”, que fuera aprobada con el calificativo de veinte. Inicia así una carrera que lo conducirá sucesivamente a ocupar las más altas posiciones en el ámbito de la psiquiatría y la medicina tanto nacional cuanto iberoamericana, fruto de un indomable quehacer a través del cual irán cristalizando las esperanzas que en él depositaron sus maestros, hombres de la talla de Honorio Delgado, Humberto Rotondo y Enrique Encinas, tres de sus héroes, al decir de Renato Alarcón.

Javier Mariátegui ha cultivado con excepcional dedicación la tarea de rastrear en la historia lo distintivo de la psiquiatría peruana. Con fundamentos indiscutibles ha subrayado la preocupación por lo social como aquello que le otorga a nuestra psiquiatría su carácter singular. Así, en su tesis doctoral, “Sociopsiquiatría en el Perú”, 1972, señala que “lo social impregna la evolución de la psiquiatría peruana, desde su aparición a mediados del siglo pasado hasta nuestros días”, añadiendo que “el Perú, en lo físico y en lo humano, exhibe abismales diferencias y notables contradicciones. Esta realidad no podía escapar a quienes, del estudio de la anomalía mental, tenían necesariamente que remontarse al hombre en su entorno geográfico, social y cultural”.

Javier Mariátegui considera que fue Hermilio Valdizán quien, quizá por vez primera y de manera formal, le dio un real sentido social a la psiquiatría peruana. En efecto, fue Valdizán quien vio la necesidad urgente de incorporar las ideas de la psiquiatría de su época, provenientes entonces de Europa, pero al mismo tiempo la de iniciar en la enseñanza de la especialidad un examen profundo de la realidad nacional y de sus antecedentes históricos.

Asumiendo el legado de Valdizán, Mariátegui se ha orientado a delinear la ruta social de la psiquiatría en el Perú y a estudiar la evolución de las ideas psiquiátricas en nuestro país, comenzando por recoger los más significativos

aportes de Valdizán al estudio de la medicina mental precolombina, que expone en el libro "Paleopsiquiatría del antiguo Perú", editado en 1990 con el apoyo de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, en un esfuerzo digno de ser resaltado.

Pero Javier Mariátegui no se ha circunscrito al examen crítico de las ideas. Su firme voluntad y férrea disciplina, aunadas a la temprana conciencia de los elevados objetivos a cumplir a lo largo de su tránsito vital, siguiendo en ello el ejemplo de Honorio Delgado, lo condujeron al plano de la investigación y de la acción en el campo social. Así, paralelamente a su adiestramiento en Psiquiatría Clínica en el Hospital Víctor Larco Herrera, entre 1956 y 1961, inicia su entrenamiento en Psiquiatría Social en la Sección de Investigaciones de la División de Higiene Mental del Ministerio de Salud Pública —con Baltazar Caravedo y Humberto Rotondo— y, al lado de ellos, participa en una de los trabajos fundamentales de la epidemiología psiquiátrica en nuestro medio y cuyos resultados se editarían luego en 1963, bajo el título de *Estudios de Psiquiatría Social en el Perú*, obra pionera que lo prepara para realizar unos años después, en 1969, esta vez con la colaboración de Verna Alva y Ovidio De León, su investigación epidemiológica en el distrito urbano de Lince, que lo muestra como un hombre ya experimentado en la difícil tarea de la

investigación en los dominios de lo psicosocial.

Este estudio de prevalencia psiquiátrica amerita que nos detengamos brevemente en él. El mismo reveló que, en un distrito como el de Lince —cuyos datos podían entonces extrapolarse a Lima Metropolitana— la patología psiquiátrica alcanzaba una prevalencia de 18,75%, cifra que no incluía los problemas de salud mental a los que están expuestos gruesos grupos de población y que tiene que ver con la desocupación, los bajos ingresos, el pobre nivel educativo, etc. Estos datos contrastan con la elevada prevalencia: 42,6%, hallada unos años antes en el estudio que realizara Rotondo, al cual nos hemos ya referido, en una zona tugurizada de Lima en proceso de desorganización social y anomia (la desaparecida barriada de Mendocita).

Tales hallazgos muestran que la salud mental tiene que ver con el grado de integración del tejido social y con la capacidad de una sociedad para proporcionar a sus integrantes los aportes biológicos, psicosociales y socioculturales que ellos requieren para poder desplegar sus potencialidades y realizarse como personas, capaces a su vez de aportar a la sociedad lo necesario para el mantenimiento y el desarrollo de ésta, en un proceso de incesante retroalimentación.

Estudios posteriores, en diversas partes del mundo, han puesto en evidencia la importancia de los factores socioculturales en la salud mental de una población, y se ha postulado la hipótesis de la desmoralización como una posible explicación de la mayor vulnerabilidad frente a los agentes de enfermedad en aquellos grupos que, sometidos a situaciones de extrema precariedad, pierden la esperanza de cambiar su realidad y, quebrada su resistencia al estrés, caen presa de la enfermedad, sea ésta predominante somática, predominante psíquica, o bien muestran un comportamiento que se inscribe en lo que se denomina patología social. Una rápida revisión de los temas abordados en la investigación efectuada por Rotondo –y en cuyo grupo fue Javier Mariátegui uno de sus principales animadores-, muestra la pertinencia de una relectura de los mismos puesto que, pese al tiempo transcurrido, no han perdido vigencia y pueden enriquecer y enriquecerse con otros trabajos realizados ulteriormente y que son indispensables para comprender nuestra compleja y angustiante realidad.

Expresión –igualmente- de esta temprana inquietud, es la obra realizada por Javier Mariátegui en torno al problema del alcoholismo. Lo interesante de este conjunto de estudios es su perspectiva sociohistórica. Mariátegui ha remarcado el rol de los factores socioculturales que subyacen al consumo del alcohol en general y al alcoholismo en particular, el cual

aparece como una manera inadaptativa de amortiguar las tensiones psicosociales y cuyo origen, en el caso peruano, extiende hasta el momento mismo de la conquista, suceso traumático que desarticuló la organización social del antiguo Perú. Pero, Mariátegui también ha señalado cómo el alcoholismo se correlaciona con la inadecuación de las estructuras sociales y las dificultades de adaptación de las sucesivas oleadas migratorias que se han producido en las últimas décadas, que generaron la formación de los cordones de miseria que circundan nuestras grandes ciudades y que albergan a miles de seres luchando por sobrevivir en un medio signado por carencias de toda índole. En 1984, Javier Mariátegui recibió el Premio Roussel por su trabajo: “Problemática del alcoholismo en el Perú. Una visión en perspectiva”.

Extrañará que hasta ahora no nos hayamos ocupado “in extenso” sobre el rol desempeñado por Honorio Delgado en la vida y obra de Javier Mariátegui. En el campo de la psiquiatría, Hermilio Valdizán y Honorio Delgado son aquellos a quienes él ha dedicado sus mayores desvelos y sus mejores páginas. Por su excelente libro: *Hermilio Valdizán. El proyecto de una psiquiatría peruana*, Javier Mariátegui recibió la Primera Mención Honrosa en el concurso bienal Hipólito Unanue 1982, en la especialidad de Medicina. Su veneración por la obra de H. Delgado lo ha llevado a ocupar, con todo derecho, el cargo de Coordinador de la Cátedra

“Honorio Delgado” de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Honorio Delgado fue el modelo de Mariátegui. Las elevadas cualidades personales y profesionales de uno y otro y la amistad del Profesor Delgado con el Amauta hicieron posible que se sellara una extraordinaria relación entre el Maestro y el discípulo.

Lo admirable es que, cuando se leen los elogios que el discípulo dedica al Maestro, no sólo se piensa en éste, sino también en aquél, tal la similitud de valores que guían estas trayectorias singulares.

Javier Mariátegui ha escrito que Honorio Delgado “se forjó un estilo de vida encaminado al logro de la excelencia, al que se ciñó estrictamente a lo largo de su existencia, gracias a una disciplina personal con acerada voluntad afirmativa”. Lo mismo puede decirse de Mariátegui.<sup>1</sup>

¿Y no es verdad acaso que, al igual que su Maestro, su dilecto discípulo “ha hecho de su proyecto vital el logro de su mismidad, la culminación de su ser real, el acuerdo tácito entre su vida y su obra”?

Por otro lado no puede dejar de reconocerse que, como su mentor, Javier Mariátegui ha cultivado con profundidad y rigor diversas parcelas del conocimiento humano, desde lo biológico hasta lo filosófico, pasando por la psicopatología,

la psicofarmacología, la psicología, la investigación experimental y psicosocial, la historiografía, la literatura y el periodismo, entre otras, mostrando en sus trabajos un estilo y un dominio del idioma que, al igual que su Maestro, lo han llevado a ser incorporado como Miembro de Número de la Academia Peruana de la Lengua. Realmente, en Javier Mariátegui uno no sabe qué admirar más, si su poderosa inteligencia o su extraordinaria capacidad de trabajo.

En su artículo “Honorio Delgado: veinte años después”, en 1989, Javier Mariátegui, realizando lo que denominó un ejercicio de lo imposible, escribía acerca de lo que su Maestro diría si pudiera hacernos llegar su opinión. A través de tales líneas no sólo aprehendemos lo que pensaría Honorio Delgado sino también lo que piensa Javier Mariátegui. Dice éste que su Maestro “meditaría de inmediato en su país, atormentado por la crisis social más grave del presente siglo... se remontaría a otros tiempos para juzgar cómo la negligencia en el entendimiento de la naturaleza humana, de la personalidad básica del peruano esencial, la insatisfacción de sus necesidades esenciales pese a la riqueza potencial de su suelo, por carencia de planeación y desarrollo, son responsables, en lo fundamental, de una trágica realidad en la que la violencia campea por doquier”.

<sup>1</sup> MARIATEGUI, J. (1993): “Honorio Delgado, Magister Honorabilis”, en *Elogio de Honorio Delgado*. Universidad Peruana Cayetano Heredia. Fondo Editorial. Lima, Perú.

Lo que decimos nosotros es que Javier Mariátegui, en su reflexión sobre la frustración peruana, se ha expresado en términos –en el fondo– similares, advirtiéndonos, además, que “la crisis social, económica, y moral en nuestro país es de tal severidad, que las proposiciones –que apuntan a resolverla– deben manejarse con cautela, para evitar su utilización también con fines agresivos”, recordándonos, con Erich Fromm, que “el pensamiento radical y crítico sólo dará frutos cuando se articule con la cualidad más preciosa que tiene el hombre: el amor a la vida<sup>2</sup>”.

Cree Javier Mariátegui que su Maestro vería con suma complacencia el desarrollo alcanzado por la Universidad Peruana Cayetano Heredia y que, sin extrañeza, comprobaría cómo la representación estudiantil en la conducción de la Universidad puede ser expresión de un buen gobierno, que facilita el armónico diálogo entre docentes y discentes, entre autoridades y trabajadores. Y podría decirse que, con los años, los médicos de San Marcos y los de Cayetano Heredia, esa rama desasida del viejo tronco Sanfernandino, comparten el ideal de una medicina con raíces sociales y con proyección comunitaria, en nada reñida con la excelencia académica. Esta ceremonia nos muestra que Javier. Mariátegui mismo es el símbolo de esa realidad a la que tanto ha contribuido como docente en ambas universidades.

Piensa Javier. Mariátegui que Honorio Delgado comprobaría, con satisfacción, la vigencia de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, que como permanente homenaje a su memoria sigue iluminando la ruta de la psiquiatría peruana. Obviamente Mariátegui no puede decir que, en un país como el nuestro, en el que las obras sólidas son tan escasas y en el que la vida cultural sobrevive casi heroicamente, el que la *Revista de Neuro-Psiquiatría* persista es un mérito que en gran medida se debe a su tenacidad y a su lealtad para con sus maestros y para consigo mismo.

Escribe Javier Mariátegui, que su Maestro estaría contento al verificar que una necesidad reiteradamente expresada por él, el Instituto Nacional de Salud Mental, es hoy una realidad. No dice Mariátegui que el Instituto, que lleva los nombres de Honorio Delgado e Hideyo Noguchi, lo tuvo por su primer Director y que al frente de él ha realizado una tarea hermosa, amplia y profunda, como toda su obra, y cuya evaluación final será la de la excelencia, cuando llegue el momento de la crítica desapasionada y decantada de la historia.

Sigue diciendo Javier Mariátegui que, ante el panorama general de la asistencia médica, el Profesor Honorio Delgado se acongojaría tanto por la situación de abandono de los hospitales públicos, cuanto por el acceso cada vez más difícil para los pobres a las bondades de la medicina moderna, y reclamaría con vigor la humanización

<sup>2</sup> MARIATEGUI, J. (1990): “Reflexión preliminar sobre la frustración peruana”, en *En que momento se jodió el Perú*. Edit. Milla Batres. Lima, Perú.

de la asistencia, sobre todo en la atención de los más frágiles. No dice Javier Mariátegui que, desde las instituciones que dirige, dirigió o de las que forma parte, a través de la palabra escrita o de la hablada, en el ejercicio de la docencia o mediante el artículo periodístico, él ha velado constantemente no sólo por el derecho de los pacientes a una asistencia digna, sino más ampliamente, se ha erigido en el defensor de sus derechos humanos cuando éstos corren el riesgo de ser avasallados desde las instancias dominantes. Para él, la seguridad social, que representó en todo momento un avance de la medicina, es un progreso irrenunciable, considerando que el intento de suprimirla o minimizarla en provecho de otros intereses sería “desposeer a los sectores populares de los beneficios generados por el trabajo en común, como si la nuestra fuera una sociedad sin historia o sin consciencia de ella”.<sup>3</sup>

Como su Maestro, Javier Mariátegui “pertenece a ese reducido tipo de peruano universal capaz de desenvolverse con naturalidad en los más selectos escenarios académicos del mundo, sin dejar de afirmarse en el Perú y en la meditación de sus problemas”.<sup>4</sup>

Su tarea docente y su condición de miembro de las más importantes instituciones de la psiquiatría y disciplinas afines tanto en el Perú como en el

extranjero, dan testimonio de ello. Profesor Principal en San Marcos y en Cayetano Heredia, en la que llegó a ser Jefe de su Departamento de Psiquiatría, numerosas promociones de médicos han podido disfrutar de su enseñanza. Incitador de vocaciones, quienes se reclaman sus discípulos han dado muestras de reconocer la real dimensión del Profesor Mariátegui. Cuando, en 1987, se produjo su alejamiento de la dirección del Instituto Nacional de Salud Mental, un espontáneo sentimiento de indignación y de solidaridad se extendió a través de diversos países. Entonces, un grupo de psiquiatras, amigos y discípulos conjugaron esfuerzos para editar un bello libro Homenaje “Desde nuestra propia entraña”, que reúne trabajos de extraordinario valor y que fuera publicado en 1991 por R. Alarcón, J. Castro y E. Cipriani, con el apoyo de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

Por su labor en el campo de la enseñanza de la psiquiatría y de la salud mental, por su riquísima experiencia en los dominios de la asistencia y la investigación psiquiátrica, Javier Mariátegui no solamente ha sido conferenciante obligado en los congresos de psiquiatría en el Perú, sino también en el ámbito internacional. Consultor de la OPS y de la OMS, ha contribuido decididamente a mejorar los planes y programas en el campo de la salud pública y la salud mental. Ha sido

<sup>3</sup> MARIATEGUI, J. (1988): *La Medicina como ciencia social*. Discurso de orden. Día de la Medicina Peruana. Colegio Médico del Perú.

<sup>4</sup> MARIATEGUI, J. (1993): “Honorio Delgado y la Revista de Neuro-Psiquiatría”, en *Elogio de Honorio Delgado*. Universidad Peruana Cayetano Heredia. Fondo Editorial. Lima, Perú.

Presidente de la Sociedad Peruana de Psiquiatría, Neurología y Neurocirugía (hoy Sociedad Peruana de Neurología), de la Asociación Psiquiátrica Peruana, y miembro de la directiva de la Asociación Psiquiátrica de América Latina (APAL). Y, para mencionar únicamente lo acontecido en los últimos dos años, diremos que el Profesor Javier Mariátegui ha sido incorporado como Académico Correspondiente de la Real Academia Nacional de Medicina de Madrid, como Miembro del Comité Consultivo de la APAL, como Secretario Permanente y actual Vice-Presidente de la Academia Nacional de Medicina, además de su reciente incorporación a la Academia Peruana de la Lengua.

Retornemos ahora al Mariátegui enamorado de la historia, al hombre convencido de que el conocimiento de lo auténticamente nuestro es la piedra angular de la inevitable transformación de la sociedad peruana en una más justa y solidaria, a pesar de las modas y los esquemas ultraliberales que hoy fascinan a muchos. Javier Mariátegui es quien nos guía, con renovado tesón, por la galería de personajes ilustres de la psiquiatría nacional. Al conjuro de su pluma cobran vida las figuras de Ulloa, Muñiz, Valdizán, Delgado, Gutiérrez Noriega, Rotondo, los Caravedo, Valega y tantos otros que dieron prestancia a nuestra psiquiatría. Gracias a él nos sentimos parte de esa poderosa, generosa y sutil urdimbre que sostiene y alienta la psiquiatría peruana y que tanto

contribuye a afirmar y desarrollar nuestra identidad como nación.

Javier Mariátegui ha reflexionado hondamente sobre el Perú. Como su padre ha intentado peruanizar el Perú. Ha recogido y cultivado amorosamente todo aquello que, acaso menospreciado y desdeñado, forma parte de la entraña misma de nuestro desgarrado país. Se ha preocupado por el dolor del hombre peruano y ha ensayado, con el arte y la ciencia que hacen de la medicina una de las profesiones más nobles, comprender y aliviar su sufrimiento y promover su salud, que en su acepción más amplia implica la libertad de decidir su propio destino. Sabe Javier Mariátegui que la tarea es enorme, que el combate es prolongado, que las frustraciones son y serán frecuentes. Pero sabe también que no está solo, que esa "savia ardiente de vida impaciente por realizarse" de la que hablaba Arguedas lo acompaña, que lo siguen aquellas generaciones de profesionales que su verbo nutrió y fortaleció, que están con él los espíritus que ha evocado y que habitan estas aulas, pero sobre todo sabe que, ante el formidable desafío que le lanzara el destino, supo hallar la respuesta y realizar una obra que es, sin lugar a dudas, la continuación de aquella que el Amauta se impuso y que su madre alentó con amor, devoción y fortaleza conmovedoras.

Muchas gracias.

Lima, 18 de marzo de 1994.





Paraninfo de la Facultad de Medicina, en el Estrado de Honor de izquierda a derecha, Dr. Gastón Pons Muzzo, ex-Rector, Dr. Wilson Reátegui, entonces Rector, Dr. Manuel Paredes Manrique entonces Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Alfonso Mendoza y Dr. Efraín Gómez. En el Podium el Dr. Javier Mariátegui dando lectura a su discurso de agradecimiento.